



ARTÍCULO DE INVESTIGACIÓN

Recibido: 16 de mayo de 2019. Aprobado: 7 de febrero de 2020.

DOI: 10.17151/rasv.2020.22.2.1

## El mito de Claudio Becochi

---

### The myth of Claudio Becochi

#### RESUMEN

El texto a continuación presenta el “mito de Claudio Becochi” del resguardo indígena de La Laguna, Siberia, municipio de Caldon. El mito es expuesto como fue recogido y narrado por el antropólogo Ícaro Cuervo, en la década de 1980. Sobre esta narración, este texto reflexiona sobre las condiciones en que el mito fue contado desde las notas y diarios de campo del mismo antropólogo. Finalmente, este artículo analiza el mito en testimonios de indígenas que acompañaron el trabajo de campo de Ícaro Cuervo. El propósito de este texto es explorar las condiciones de trabajo antropológico en la región del Cauca en la década de 1980. A partir del mito, reflexiona sobre las condiciones históricas del trabajo antropológico y la posición política del investigador/a en la interacción entre las luchas indígenas por la tierra y la investigación antropológica. La información presentada fue recogida entre 1999 y 2000, durante una primera temporada de campo de seis meses, en el resguardo indígena de La Laguna Siberia, municipio de Caldon. Tal trabajo de campo hizo parte de una investigación orientada a entender la influencia de la antropología sobre el movimiento indígena y la influencia del movimiento indígena sobre la antropología. En los resultados de esa investigación, la reflexión presentada aquí fue excluida.

**Palabras clave:** historia de la antropología, resistencia indígena, etnología, Cauca, indígenas Nasa.

---

#### Como citar este artículo:

Caviedes, M. (2020). El mito de Claudio Becochi. *Revista de Antropología y Sociología: VIRAJES*. 22(2), 19-36. DOI: 10.17151/rasv.2020.22.2.1

#### MAURICIO CAVIEDES

PhD en Historia. Profesor Asociado, Departamento de Antropología, Pontificia Universidad Javeriana, Bogotá, Colombia.

✉ mauriciocaviedes2009@gmail.com

ORCID: 0000-0001-6268-3837

📖 Google Scholar



#### ABSTRACT

The following text presents “the myth of Claudio Becochi” from the indigenous reservation “La Laguna”, in the Municipality of Caldono, Cauca, Colombia. The myth is presented as it was registered and narrated by the anthropologist Ícaro Cuervo, in the decade of 1980. Based on this narrative, this text reflects on the conditions in which the myth was told from the notes and field diaries of the same anthropologist. Finally, the article analyzes the myth in testimonies of members of the indigenous community, who accompanied Ícaro Cuervo during his fieldwork. The purpose of the article is to explore the conditions of anthropological fieldwork in the Cauca region in the 1980s. Based on the myth, the article reflects on the historical conditions of anthropological work and the political position of researchers in the interaction between indigenous struggles for territorial rights and anthropological research. The information presented was collected between 1999 and 2000, during a six-month field visit in the indigenous reservation of La Laguna, Siberia, in the Municipality of Caldono, Cauca, Colombia. Such field work was part of a research aimed at understanding the influence of anthropology on the indigenous movements and the influence of indigenous movements on anthropology. The reflection presented here was excluded in the results of that research.

**Keywords:** history of anthropology, indigenous resistance, ethnology, Cauca, indigenous peoples, Nasa.

Tal vez la imagen que me resultó más impresionante en mi primer trabajo de campo en el resguardo de La Laguna, Siberia (municipio de Caldono, Cauca), fue la llegada de la niebla al atardecer. Densos cúmulos de nubes penetran lenta pero inevitablemente por entre las laderas de las colinas, como los dedos de la mano de una divinidad gigantesca y diabólica que se aprestan a apoderarse de un preciado bocado. Me propongo aquí narrar una singular historia que algunos indígenas del lugar me contaron, tal vez por conocer mi inclinación hacia las historias tenebrosas. Esta narración tiene lugar en 1980, un año trágico en el departamento del Cauca y en La Laguna, resguardo indígena a unos cincuenta kilómetros al norte de la ciudad de Popayán, habitado por el pueblo nasa, entonces conocido como “páez”. En aquel tiempo, la región era transitada por muchas guerrillas, el M-19 entre otras. El M-19 tuvo fuerte impacto político en la opinión nacional por mucho tiempo, tal vez debido al carisma de algunos

de sus dirigentes. Sin embargo, el ejército hacía una fuerte presencia en la región.

Muchas de las tierras de los actuales resguardos se hallaban entonces bajo el dominio de grandes terratenientes, cuyos ojos no alcanzaban a divisar en el horizonte los límites de sus propios terrenos. Tan grandes eran estas haciendas, que las mismas guerrillas lograban refugiarse en ellas sin el conocimiento de sus propietarios.

Por otro lado, esas haciendas se habían expandido sobre los resguardos indígenas coloniales. Es decir, los indios eran los dueños legales de esas tierras, según leyes de la República de Colombia que reconocían la propiedad indígena de las tierras que el gobierno colonial español había entregado a los indígenas. No obstante, el gobierno y los terratenientes percibían a los indígenas como incapaces de explotar sus tierras y, por eso, bien con la violencia o bien con trucos legales, negaron la validez de los títulos coloniales.

En consecuencia, los indígenas eran propietarios legales de tierras que, en la práctica, estaban bajo el dominio de un hacendado que actuaba de forma muy similar a un señor feudal en la Europa medieval. Así, los indígenas que habitaban esas tierras estaban a merced de decisiones despóticas del terrateniente y, por vivir en las propias tierras indígenas, pagaban con sus cosechas y trabajo, votaban por quien el hacendado les ordenara y, en suma, estaban subordinados a sus órdenes. A los indígenas solo se les permitía cultivar las tierras que el hacendado no consideraba fértiles o, como suelen decir los indígenas: “el rastrojo”. La palabra que se utilizaba para describir este sistema de propiedad de tierras y el pago impuesto a los indios por vivir en sus propias tierras era “terraje” o “terrajería” y los indígenas eran considerados “terrajeros”.

Esta situación no era aceptada por los indígenas, quienes arriesgaban muchas veces sus vidas en lo que solía denominarse “recuperaciones” de tierra. En el silencio de la noche, los indígenas penetraban en las tierras fértiles del hacendado, para arar el pasto destinado al ganado y sembrar maíz, yuca y otros productos indígenas.

En la década de 1970 habían nacido ya organizaciones indígenas que luchaban por la recuperación de las tierras para los indios de la región. Tales organizaciones crecieron con el tiempo y alcanzaron logros importantes, pero en 1980 aún se trataba de organizaciones perseguidas por el ejército nacional, la policía y bandas privadas de mercenarios llamados “pájaros”.

Pero, al mismo tiempo, ciertas guerrillas en aquel momento percibían los esfuerzos indígenas por recuperar los resguardos coloniales como contrarios a los propósitos revolucionarios. Desde su punto de vista, la acción revolucionaria debía priorizar la redistribución de las tierras en forma de pequeñas propiedades campesinas. Los indígenas, en cambio, no solo buscaban la propiedad de la tierra, sino reconstruir el control político de sus territorios de acuerdo con sus formas tradicionales de organización social. Para muchos, se trataba de formas primitivas de gobierno, contrarias a la participación popular.

En resumen, tanto el ejército colombiano junto a la policía, las élites políticas tradicionales y los grandes terratenientes, como las guerrillas, intentaban evitar las recuperaciones indígenas de tierra.

Pero basta de explicaciones históricas. Valga simplemente aclarar que los indios de la región no tienen un lugar secundario en esta historia. Por el contrario. Sus luchas son el contexto y la causa de los hechos aquí narrados.

Será necesario, entonces, avanzar presentado al peculiar protagonista de esta historia, el finado Ícaro Cuervo. Ícaro, igual que el autor de este manuscrito, llegó a La Laguna siendo un joven universitario estudiante de antropología. Frustrado por lo que sentía ser una actitud obtusa y autoritaria entre los movimientos estudiantiles del momento, decidió apartarse de ellos y abandonar cualquier pretensión política. Esta frustración le llevó a despreciar una de las máximas de los movimientos estudiantiles de entonces: que el conocimiento adquirido en la universidad no fuese una herramienta para el éxito profesional, sino un mecanismo de transformación política de la sociedad colombiana. Su única opinión sobre los movimientos estudiantiles y sobre el marxismo que profesaban, en cualquiera de sus variantes, era que sus dirigentes eran un puñado de charlatanes y sus “bases” una masa dócil, inconsciente e infinitamente manipulable.

El único interés que sentía entonces por la vida indígena era la contemplación neutral de la vida humana en la forma de costumbres milenarias ajenas. Si en ellas existía o no alguna luz para entender los problemas humanos, con seguridad pasaría desapercibida por los movimientos sociales, partidos y organizaciones de entonces. En pocas palabras, el único lugar para la consciencia política estaba en la contemplación intelectual distante.

Los conflictos sociales no le interesaban más que para examinarlos; y, con algo de suerte, para escribir una obra intelectual que ganase mucha atención en algún congreso internacional de antropología. E Ícaro se imaginaba a sí mismo, ocasionalmente, en un coctel en alguno de esos congresos, explicando a un grupo asombrado de extranjeros los detalles de sus teorías sobre el conflicto social.

Ícaro permaneció en La Laguna cerca de un año y, durante ese tiempo, se sintió fascinado por la mitología de los indígenas “páez” (como entonces solían ser denominados). Pero entre todos los mitos, uno en particular le atraía: El mito de Claudio Becochi.

Con permiso del lector o lectora, como corresponde a un narrador inexperto como este servidor, será necesario viajar al año 1900 para entender el mito de Claudio Becochi. En aquel año, justo cuando las primeras grandes haciendas del Cauca crecían imponiéndose a los resguardos, se levantó entre los indios un guerrero audaz e invencible, pero también cruel. Su nombre era Claudio Becochi. Becochi, a pesar de ser un indígena “páez” (como solían ser llamados los indígenas nasa), no luchaba en favor de los resguardos. Por el contrario, era un guerrero al servicio de los terratenientes. Asesinó tanto a indígenas como a blancos y negros a cambio de dinero. Y mutiló a todas sus víctimas de manera singular: tajó sus cabezas de un solo machetazo.

Algunos de los narradores afirmaron que bebía la sangre de sus víctimas. Otros dijeron que coleccionó las cabezas y otras tantas ocurrencias más. Pero esas versiones no son coincidentes. La característica esencial en la que parecen coincidir todas las narraciones es que cortaba sin piedad la cabeza de sus enemigos. También coinciden en que nunca perdió una batalla y, por eso, tenía el cabello muy largo. Pero en la debilidad de la vejez, sus enemigos lo sorprendieron y cortaron su cabeza en venganza.

Becochi fue enterrado en un gradual en algún lugar de La Laguna, pues sus ejecutores no lo querían llevar al cementerio, donde su tumba podría convertirse en objeto de reverencia, de disputa, o de hechicería. Sin embargo, pocos días después de su muerte, Claudio Becochi abandonó su tumba y fue visto montando su caballo negro, con su tradicional ruana y todas sus ropas empapadas en lodo enredadas entre ramas de helechos colgantes. Llevaba también un zapallo colgando en su mano izquierda, en reemplazo de su cabeza perdida y en su mano derecha volvía a blandir su machete.

Ícaro quería recoger varias versiones narradas de esta historia. Sería el tema de su tesis para graduarse como antropólogo. Demostraría que los mitos eran narraciones con valor histórico que explicaban la relación entre indígenas y la sociedad dominante, contra la idea de los seguidores de Lévi-Strauss, interesados en mitos “prístinos”, sin atisbos de la sociedad dominante y sus mercancías. O eso se proponía. Teóricamente ambicioso, etnográficamente modesto y, sobre todo, políticamente neutral. Nada de Marx, nada de compromiso.

Al llegar al municipio de Caldono, cuando aún no había sido recuperado el resguardo de La Laguna, Ícaro logró convencer a un hacendado de la región para permitirle vivir en sus tierras durante algunos meses. El nombre del terrateniente era Gregorio Cifuentes. Cifuentes lo recibió con algo de aprehensión. No obstante, le impuso una condición: atender la escuela, pues no había profesores disponibles en Popayán y Cali para dar clases a los niños y los niños debían aprender cuanto antes el español y dejar de hablar la lengua indígena, afirmaba Cifuentes.

La vida de Ícaro en lo que hoy es el resguardo de La Laguna (y entonces eran las tierras de Cifuentes), por lo tanto, transcurría entre la escuela y sus largos paseos en busca de los habitantes indígenas más ancianos. De ellos, Ícaro recogía diferentes versiones de la historia de Claudio Becochi, que registraba en su grabadora de periodista, una máquina que atesoraba, porque era tan pequeña que podía cargar con ella para todos lados.

Aun así, no pasó desapercibido a la guerrilla que, creyendo ver en Ícaro a un potencial aliado en el logro de la transformación revolucionaria del Estado, fue a su encuentro en la escuela. Ícaro recibió insistentes visitas de grupos con diferentes orientaciones: maoístas, camilistas, marxistas-leninistas y, por supuesto, del M-19.

Ícaro, que sabía cómo hablar ese lenguaje político, no se intimidó fácilmente por las armas rusas ni por la actitud arrogante. Pero evitó las reuniones a las que le instaron a ir fingiendo una combinación de ingenuidad y simpatía. Toda esa actuación le hacía sentir hipócrita, pero en aquel momento, no encontró alternativa. Con el tiempo, la guerrilla lo dejó en paz, probablemente por aburrimiento.

Esa, no obstante, no fue la única dificultad que vivió Ícaro en aquellos primeros meses en el lugar. Lo que le fastidiaba más, era la terca actitud de los indígenas de hacerle advertencias cada vez que les entrevistaba sobre el mito de Claudio Becochi. Según los ancianos, Becochi

había regresado y recorría, oculto por la niebla, los caminos y trochas de La Laguna, anhelante de vengarse de sus verdugos y de cualquiera que pusiese en peligro el dominio de las haciendas sobre los resguardos. Aunque eso no incluía a Ícaro, los ancianos le respondían que cualquiera que tuviese la mala suerte de encontrarlo en la trocha sería víctima de su venganza, mutilado en aquel peculiar estilo. Por ello, los ancianos no consideraban saludable que Ícaro anduviese solo por los caminos de noche, en especial, cuando caía la niebla, pues la niebla y Becochi eran antiguos compañeros.

La única forma de andar seguro en las noches era caminar por fuera de los límites de la hacienda de Gregorio Cifuentes, al otro lado del puente que atravesaba la quebrada conocida como “charco de burro”. Según afirmaban, Becochi no podía salir de los límites de las haciendas, pues el poder que le permitía cabalgar entre los vivos era su deseo de venganza contra los indios que le habían asesinado en la lucha por la recuperación de los resguardos.

Para la guerrilla, aquella historia no era más que una superstición fomentada por los terratenientes para provocar miedo entre los indígenas. Para los terratenientes, la historia no era más que el reflejo de la ignorancia febril de los indígenas. Ícaro no creía en aquella historia más que la guerrilla o los terratenientes y, por ello, continuaba andando por los caminos todas las noches en busca de entrevistas. Pero creía que sería “fascinante” analizar el “significado simbólico” de la resurrección del mito.

No sobra decir que, durante aquellos meses, varios cuerpos decapitados de miembros de la comunidad involucrados en las luchas de recuperación aparecieron repentinamente al borde de los caminos. Las muertes eran reales. La explicación de las muertes, no obstante, parecía estar en el cruel humor de los mercenarios contratados por los terratenientes. Pero Ícaro ignoró totalmente la insistencia de los indígenas en el regreso de Becochi y su venganza de ultratumba. Ni siquiera en sus notas de campo le atribuyó la más mínima importancia, siguiendo su máxima: “nada de política en el trabajo de campo”.

En cambio, aprovechó algunos días de las vacaciones escolares, para complementar sus datos de campo con algunos datos históricos. Decidió entonces analizar los archivos de las instituciones del corregimiento de Siberia: la notaría, la alcaldía y la iglesia de Caldono. Para ello, compró en el pueblo un caballo barato, pues había al menos dos horas de camino montaña arriba desde la casona de Cifuentes hasta la cabecera

del corregimiento. El nombre del caballo era “Pólvara”. Ícaro nunca supo si el nombre buscaba ser irónico, o si el caballo había perdido en la vejez las virtudes de su juventud.

En lo que se refería a su propósito de neutralidad política, su indagación resultó ser una verdadera molestia.

Los archivos del pueblo contenían muy poco sobre Claudio Becochi y muy poco sobre cualquier descendencia que pudiese haber tenido. En cambio, al hojear los archivos, Ícaro empezó a encontrar cada vez más datos sobre Gregorio Cifuentes, su anfitrión. Lo inusual es que el nombre de Gregorio Cifuentes no se encontraba en los archivos sino hasta la fecha de su matrimonio con María Elvira Cifuentes, una mujer de Cali, quien había heredado en la zona las tierras de su padre, Vicente Cifuentes. Era curioso que los nombres de los suegros de María Elvira Cifuentes, es decir, los padres de Gregorio Cifuentes, eran “Guillermina Chocué” y “Lorenzo Calambás”. Ambos apellidos son muy frecuentes entre los indígenas del Cauca.

Aunque aquella información no servía a su investigación, la curiosidad obligó a Ícaro a anotar esos datos, porque le resultó peculiar que Lorenzo Calambás también fuera el nombre del médico tradicional de La Laguna y su principal fuente de información sobre Becochi. No era imposible que Lorenzo Calambás tuviese edad para ser el padre de Gregorio Cifuentes. El Lorenzo Calambás entrevistado por Ícaro decía no tener hijos. Pero su compañera también se llamaba Guillermina Chocué.

No es improbable que varias personas compartan esos nombres. Pero indagando un poco más, existían en la notaria del corregimiento de Siberia, Caldono, actas en las que se registraba a Gregorio Calambás como hijo de Lorenzo Calambás y Guillermina Chocué, quienes convivían en la zona de La Laguna. Según los registros, Gregorio Calambás había nacido en 1940, edad que correspondía a la del hacendado que le hospedaba en sus tierras.

Todo podía ser una simple coincidencia. Después de todo, el embarazo a temprana edad era frecuente en las mujeres indígenas y la pobreza y la ausencia de puestos de salud provocaban la muerte de muchos niños. Además, muchas personas tenían apellido Calambás o Chocué en aquellos lugares. Aun así, Ícaro anotó en su cuaderno de campo una pregunta: ¿Era posible que Gregorio Calambás fuese el mismo Gregorio Cifuentes, quien, contra la costumbre oficial, renunció a su apellido indígena adoptando el

de su esposa para recibir la propiedad de las tierras... al estilo de algunos indígenas durante la Colonia?

Ícaro sabía que era una posibilidad remota, pero también sabía que Lorenzo hablaba de una relación entre el espíritu muerto de Claudio Becochi y los supuestos “poderes” de Cifuentes, que justificaban su capacidad de haberse apoderado de las tierras indígenas. Pero ¿Acaso los poderes del médico tradicional no eran enseñados de padres a hijos entre los indígenas “páez”?

Además, resultaba curioso que Lorenzo pareciera incómodo cuando Ícaro le preguntó cuáles eran exactamente los poderes de Cifuentes y de dónde podría haber obtenido esos supuestos poderes.

¿Era posible que el silencio incómodo de Lorenzo guardara el secreto de un lazo de parentesco entre Lorenzo Calambás y Gregorio Cifuentes? ¿Era posible, tal vez, que el poder que Lorenzo llamaba Claudio Becochi fuese una metáfora mítica que describía el ejército privado de mercenarios al servicio de Gregorio Cifuentes y sus grandes haciendas?

Las visitas de Ícaro a la iglesia y la notaría de Siberia empezaron a extenderse hasta entrada la tarde y, a su regreso, solía caer la noche. Transitaba los caminos entre Siberia, el resguardo de La Laguna y la hacienda de Cifuentes, en la compañía exclusiva de “Pólvora”, su caballo avejentado, que inexplicablemente se negaba a tomar ciertas trochas para acortar camino.

Una de esas tardes, pensando en aquellas notas sobre el nacimiento de Becochi, el registro de matrimonio de Gregorio Cifuentes y el nacimiento de Gregorio Calambás, la niebla empezó a espesarse a su alrededor. De repente, mientras cabalgaba, frenó para aprovechar los últimos rayos de sol despuntando al caer la tarde y escribió en su cuaderno de notas algo que creyó importante recordar.

En ocasiones había escuchado a su anfitrión, Gregorio Cifuentes, responder a los indígenas cuando ellos hablaban en su lengua. En aquellos momentos Ícaro no pensó que se tratase de un diálogo, porque Cifuentes solo se dirigía a los indios para darles órdenes, por lo que era imposible saber si Cifuentes hablaba o entendía la lengua. Sin embargo, lo que había encontrado en los archivos le recordaba la manera de Cifuentes despostrar de los indios. Le recordaba su desesperada obsesión por prohibirles

hablar la lengua, golpeando tanto a niños como a adultos, insistiendo en la vergüenza que debían sentir por ser indios.

Parecía insistir tan desesperadamente en que él mismo era diferente de los indios, que empezaba a resultar sospechoso después de un tiempo. Ícaro pensaba en la forma en que alguien se lava las manos repetida e insistentemente después de haber tocado algo pútrido, aun cuando el olor se ha ido, pero temeroso de que el olor persista vagamente.

¿Era posible que Cifuentes fuese un indígena páez?

Todo ello obligaba a Ícaro a pensar también en su obsesión por evadir las implicaciones políticas del mito de Claudio Becochi. Un mito producto de la cultura de un pueblo oprimido buscando estrategias ideológicas para protegerse y recuperar lo que históricamente era suyo: sus tierras. El mito que Ícaro había escogido estudiar le condujo nada menos que a las políticas de su propia sociedad para oprimir a otras. Suspirando profundamente, se dispuso a olvidar esas dudas políticas, taconeó a Pólvora suavemente y retomó el camino a la casa que le albergaba.

Pero antes, se dijo, pasaría por el gradual donde decían que estaba enterrado Becochi. La luz de la luna era fuerte y, si apuraba el paso, llegaría antes de la niebla espesar. Era una noche tranquila y un paseo le haría bien, pensó, para olvidarse de aquellas discusiones políticas.

Innumerables pensamientos perturbaban la conciencia neutral de Ícaro, cuando percibió que Pólvora intentaba tomar un atajo hacia la casona de Cifuentes, evitando acercarse al gradual del presunto entierro de Becochi. Tras forcejear con la terquedad de Pólvora, el caballo accedió con un resoplo, hasta que, unos metros más adelante, ambos escucharon susurros. Pólvora se detuvo, pero la curiosidad de Ícaro le hizo descender del caballo. Ícaro estaba tan concentrado en los susurros, que olvidó incluso amarrar al caballo y se internó en el gradual. ¿Por qué? Posiblemente por su inconsciente debilidad por lo terrorífico.

Sin darse cuenta, Ícaro quedaba envuelto en una fría niebla, a la que la lenta caída de la noche daba paso. Ícaro pudo ver entre los arbustos, vestido con botas de caucho, a lo que parecía un médico tradicional tomando sorbos de una botella de aguardiente, que luego escupía en soplos de pequeñas nubes de gotitas en el aire. El médico indígena sacó entonces de su mochila un puñado de hojas verdes, que Ícaro reconoció como hojas de coca. Las movió en su mano izquierda por la silueta de su propio cuerpo, empezando desde el pie derecho, subiendo por

la pierna hasta la cabeza y volviendo a bajar hasta su pie izquierdo. Cada movimiento era acompañado por letanías en lengua indígena. Por supuesto, las palabras eran incomprensibles para Ícaro, pero la pronunciación ya le resultaba familiar. Con cada palabra del curandero desconocido y cada movimiento de las hojas de coca, la niebla se hacía más espesa y la noche más fría.

Fue entonces cuando, entre la confusión de la niebla, junto a un par de metros del médico tradicional, empezó a percibir, lentamente, pero con claridad, la figura de un jinete sobre un fornido caballo negro. “¿Había estado allí desde el principio?” Se preguntó Ícaro, incapaz de creer lo que veían sus ojos. Se dijo que la niebla no le había permitido verlo, pero sabía en el fondo que aquella figura sobre el caballo se había solidificado a partir de la niebla. Como si la silueta fuese una especie de extremidad de la niebla misma. Y porque sabía, en el fondo, que así era, encendió su grabadora y desenfundó la cámara que le colgaba del cuello, dispuesto a usarlas con sigilo.

La excitación del momento le hizo olvidar dos cosas. De un lado, los años de estudios universitarios en que sus profesores le instruyeron nunca grabar o recoger información en secreto. De otro, el *flash* activo de la cámara debido a las fotos de archivo que había tomado en la notaría y la iglesia.

Fue entonces cuando empezó una conversación entre el curandero misterioso y la siniestra aparición, cuya cabeza permanecía invisible a Ícaro, según se decía a sí mismo, solo por causa de la niebla. La conversación estaba cargada con algo de agresividad y resultaba evidente que el curandero daba órdenes a la figura. El caballo de la aparición se balanceaba ansioso de emprender una furiosa carrera, cada vez que el jinete hablaba. “Como si ambos fuesen la misma persona”, pensaba Ícaro.

Una palabra se repetía constantemente en la conversación: “*chipté*”, “*chipté*” entendía Ícaro. Tenía que acercarse, necesitaba grabar el sonido con claridad. Luego buscaría una traducción, pensaba. Intentó moverse entre los arbustos, pero tropezó y cayó aparatosamente, dando un grito con el golpe y activando el obturador y el *flash* de la cámara en el intento por sostenerla para que no cayera. La cámara iluminó toda la escena por una fracción de segundo, pero Ícaro tuvo la certeza de haber visto al jinete montado sobre la niebla... ¡sin cabeza!

Pero eso no fue lo único que vio. El tropezón de Ícaro alertó al curandero, quien se dio vuelta exponiéndose al destello de la cámara, que reveló a Ícaro su identidad: era el mismo Gregorio Cifuentes.

¿Qué más podría esperarse entonces de Ícaro, neutral, inofensivo e indefenso investigador social, sino que, dejando caer todos sus artefactos, emprendiese una aterrada huida? ¿Qué más podría esperarse de Gregorio Cifuentes, el curandero misterioso, sino que ordenase al jinete ir tras Ícaro? ¿Y qué más esperar del jinete, sino que cumpliera las órdenes del médico tradicional, arremetiendo en carrera tras el desesperado protagonista de esta historia?

En su escapada, Ícaro salió a tropezones del gradual y montó aparatosamente en Pólvora, que a su vez emprendió una huida feroz, como si en su espíritu quedara algo de su nombre. Es imposible saber si por causa del pavor absoluto o por una virtud juvenil escondida, pero Pólvora cabalgó furiosamente, sin vacilar en un solo obstáculo. Sin instrucción alguna de Ícaro, que luchaba por mantenerse en el lomo del animal, Pólvora corrió instintivamente hacia el puente de la quebrada “charco de burro”, que marcaba el límite entre el resguardo recuperado y la hacienda de Gregorio Cifuentes.

Pero si Pólvora corría despavorido, el jinete cabalgaba enfurecido, aún más rápido, blandiendo el machete en una mano, un zapallo maduro en la otra y la niebla espesa abriéndole paso. Las riendas del caballo negro y su jinete decapitado ondeaban excitadas, sin que nadie las sujetara.

En pocos minutos, la carrera de ambos había recorrido varias decenas de kilómetros cuesta abajo hacia la quebrada y, aunque el jinete de niebla ganaba terreno, en el terror absoluto, Pólvora apretaba la marcha. Incapaz de actuar por la velocidad de Pólvora, Ícaro no conseguía más que sujetarse desesperadamente de las crines para no caer, al tiempo que gritaba aterrado.

De repente, a pesar de la oscuridad de la niebla, vislumbró el puente y entendió que Pólvora se proponía cruzar el límite de la quebrada para salir de la hacienda y llegar al resguardo donde, según las narraciones locales, Becochi no podía entrar. Su alma aterrada se llenó de esperanza y, desgañitándose en gritos, azotó desesperadamente a Pólvora para que aumentara la velocidad. Aterrado, desesperado, a gritos, pataletas y manotazos, logró ver por el rabillo del ojo cómo el jinete se aproximaba con paso seguro, blandiendo el machete.

Ante el terror de una muerte de aquella naturaleza, la mente humana tal vez tenga la esperanza de cualquier cosa. Y si es posible que un mercenario decapitado regrese de la muerte para patrullar las montañas y proteger el poder de los terratenientes con la complicidad de la niebla...

¿Por qué sería imposible que un viejo caballo desnutrido venciera en carrera gracias al miedo?

¡Pues los indígenas del resguardo de La Laguna, Siberia cuentan orgullosos que lo hizo! Pólvora atravesó el puente antes de que el jinete fantasma lo alcanzase.

No sin embargo su carga, el incrédulo y desdichado Ícaro. En las convulsiones enloquecidas para apurar a su caballo perdió el equilibrio, fue arrastrado por el lodo y golpeado contra las piedras por algunos segundos de carrera en el último intento por aferrarse a las crines de su caballo. Pero cuando Pólvora cruzó el puente no le importó haber perdido un buen trozo de piel que quedó apretada en el puño de Ícaro, quien cayó dando vueltas al borde del camino.

A la mañana siguiente, después de haberse disipado la niebla, los indígenas del lugar encontraron en el camino hacia la casona de Cifuentes un cadáver justo al borde del puente, decapitado y con un mechón de pelos apretado firmemente en su mano derecha. Pólvora fue encontrado moribundo junto a la Laguna que existe en el centro del resguardo (razón por la que el resguardo se llama La Laguna). El caballo se recuperaría después de varios litros de agua. Pero hasta el día de su muerte, Pólvora nunca permitió que alguien lo montara de nuevo y nunca volvió a cruzar fuera de los límites del resguardo. La herida que le encontraron en la base de la nuca nunca sanó, a pesar de varios meses de tratamiento con medicina tradicional. Los indígenas dicen que la hoja de coca es un muy buen cicatrizante.

El cuerpo de Ícaro fue enterrado, según afirman los indígenas, en un guadual dentro de los límites del resguardo de La Laguna. Aunque apenados, los indígenas del lugar no podían pagarle una tumba. Según las narraciones locales, nadie reclamó sus restos: ni familiares ni instituciones.

Los eventos posteriores son confusos. Cifuentes perdió el dominio de su hacienda, a medida que los cabildos indígenas realizaban recuperaciones de tierra en las haciendas de la zona. Pero nunca vendió. Murió sin hijos y, por lo tanto, nadie reclama hoy la propiedad de esas tierras, que están en proceso de ser anexadas legalmente al resguardo de La Laguna. Pero resulta curioso que Cifuentes haya muerto decapitado.

En cuanto a Ícaro Cuervo... pues bien, durante los días en que realicé mi trabajo de campo para obtener el título de antropólogo, en 1999, conocí a un médico tradicional llamado Lorenzo Calambás. Calambás

vivía con su sobrina y sus sobrinos nietos. Con casi 98 años, permanecía constantemente débil. Guardaba un cuaderno de notas, una grabadora de periodista de pilas y una cámara Canon, de rollo. Era inusual que un indígena atesorara esos objetos. Calambás no la utilizaba y nadie más en su hogar lo hacía.

Fue Lorenzo Calambás quien me contó por primera vez la historia de Ícaro Cuervo, aunque después la escucharía de muchas otras personas, cuando contaba que mi trabajo de grado versaba sobre la presencia de los antropólogos en las comunidades indígenas durante los años de la recuperación de tierras.

Años más tarde, en la Universidad Nacional de Colombia, fue cerrada la Biblioteca de Ciencias Humanas, en la que, según pude verificar, existía un informe encuadernado del trabajo de campo del estudiante Ícaro Cuervo sobre mitos tradicionales de los indígenas “páez” en Caldoño, Cauca. Por lo que sé, aquellos viejos trabajos de grado y otros archivos han sido destruidos.

Y, a decir verdad, Calambás, como otros indígenas del resguardo de La Laguna, afirman haber visto de nuevo a Ícaro Cuervo fuera de su tumba, sus ropas envueltas en lodo y helechos colgantes. En su mano derecha un machete. En la izquierda un zapallo, que es el reemplazo de su cabeza mutilada, según las narraciones del lugar. El caballo que monta no es negro, sino gris y exhibe una herida sangrante en la base de la nuca, al borde de la crin. A pesar de su apariencia de desnutrición, según afirman, alcanza velocidades inimaginables con su galope vigoroso. Y ambos aparecen solo anticipados por la llegada de niebla.

Aunque hoy un par de médicos tradicionales recuerdan aún el mito de Claudio Becochi, pocos indígenas saben de él. En cambio, existe una narración muy popular acerca de Ícaro Cuervo. Las narraciones no hablan de su trabajo como antropólogo. Lo describen como el espíritu de un “blanco”, enemigo de los antiguos terratenientes, quienes le decapitaron, según afirman, por “defender las recuperaciones indígenas”.

Hay pocas pruebas de que ello haya sucedido. La cinta de la grabadora que guarda Calambás, quien afirma que perteneció a Ícaro Cuervo, apenas si puede escucharse. Al escucharla en casa de Lorenzo Calambás, en mi presencia, uno de los maestros indígenas de la zona, dijo que tal vez podría escucharse la palabra “yicté”, que tradujo como “cabeza”. Pero dijo también que no se escuchaba con claridad y que podría ser cualquier cosa.

La película de la cámara que guarda Calambás está estropeada, aunque Calambás continúa guardándola.

Aun así, el médico tradicional me permitió hojear alguna vez las notas del cuaderno, que parecían ser notas sobre relaciones de parentesco en la comunidad y narraciones mitológicas tradicionales de los indígenas “paez”, hoy llamados “nasas”. El cuaderno está también lleno de apuntes a cerca de la posición política de su autor, su desencanto por los liderazgos de organizaciones estudiantiles, del partido comunista. Pero también está lleno de anotaciones sobre su deseo por participar en la “lucha popular” junto a obreros y campesinos. También contiene datos sobre el mito de Claudio Becochi. En algunos pasajes explica el mito de Becochi como un “mecanismo cultural para explicar las fuerzas históricas que dificultaban a los páez liberarse de la imposición de una ideología feudal, usando el miedo para disuadir a la comunidad de acompañar a los líderes en las recuperaciones de tierra”.

Quien escribe estas líneas prefiere otra interpretación. Posiblemente, la verdadera historia es que Ícaro percibió que los cabildos indígenas se concentraban en luchar por las recuperaciones de tierras, sin ceder a disputas internas por el poder. Tal percepción puede haberle llevado a recuperar su antigua confianza en las luchas populares como motor del cambio social. Cabe especular que el renacimiento de esa esperanza le haya llevado a aceptar integrarse a las guerrillas que transitaban por el lugar. Es posible que haya combatido con eficacia a los pájaros y la policía, apoyando las luchas indígenas. Es posible que, por ello, haya ganado simpatía entre las comunidades indígenas y que, el secreto de su presencia y las dudas sobre sus motivos se traduzcan en una explicación mítica. En otras palabras, que sus acciones sean contadas hoy adornadas por el lenguaje del mito. Un lenguaje “metafórico”, por darle algún nombre.

Estando en La Laguna, Siberia, Caldono, vi muchas cosas raras. Algunas de ellas inexplicables. Sobre todo, entre los médicos tradicionales indígenas. En los últimos días que pasé haciendo mi trabajo de campo en 1999, en La Laguna, el resguardo pasaba por un invierno sin tregua. Por eso, al atardecer, el frío y la humedad atraían la niebla, que lentamente consumía todo el paisaje. Ver como las montañas son envueltas por la niebla al atardecer era para mí un espectáculo asombroso, que disfrutaba mucho. Pero cuando se producía, prefería no estar circulando por los caminos del lugar, sino cerca del hogar en el que una familia indígena me acogía con hospitalidad.

## Epílogo

Para el lector avezado debe resultar evidente que este cuento es una adaptación del cuento popular del norteamericano Washington Irving, *The legend of Sleepy Hollow*<sup>1</sup>. Años atrás, en 2000, durante mi trabajo de campo en la Laguna, Siberia, Caldono, cargaba una edición de varias historias de ese autor conmigo, mientras viajaba con el profesor José Roberto Chepe a Santander de Quilichao.

José Roberto Chepe era profesor de la escuela bilingüe indígena de La Laguna y me había apoyado para presentar al cabildo de ese resguardo una propuesta de investigación, para realizar mi tesis para optar al título de antropólogo. La comunidad del lugar fue muy generosa conmigo durante los meses que conviví con ellos. Aprendí mucho de todos, incluyendo a los niños de la escuela de La Laguna, donde trabajé como profesor, ayudando al único profesor que entonces tenía a su cargo la escuela: José Roberto. Y fue de él, de quien más aprendí.

Durante aquel viaje a Santander de Quilichao, Roberto se interesó en las historias de Washington Irving y me pidió que las leyera a los niños de la escuela. Cosa que hice, cada viernes en la mañana, poco antes de finalizar la jornada escolar. Algunas parecían ser muy bien recibidas por los niños, pero otras tenían un contexto que les era extraño y los niños perdían la atención del relato.

Así, creí de utilidad adaptar una de ellas y escogí esta, porque existía una versión cinematográfica de Disney, que pensé que podría mostrar algún día en la escuela a los niños, después de leer el cuento. No fue así, porque en 2000 los equipos audiovisuales eran demasiado grandes, costosos y en la escuela ni siquiera había luz eléctrica. Pero planeaba hacerlo y, con ese deseo, empecé a escribir una adaptación del cuento de Irving.

Como Roberto tenía un profundo conocimiento de la tradición del pueblo nasa, le consulté y él me narró historias tradicionales, de las que tomé elementos narrativos en desorden. También me instruyó sobre la historia del resguardo, de la que tomé elementos para adornar la historia. Intenté, con ayuda de Roberto, hacer la narración lo más parecida posible a la historia de La Laguna, para facilitar la comprensión de los niños.

---

<sup>1</sup> Irving, Washington. *The legend of Sleepy Hollow and other writings. Selected with an introduction and notes by Peter Norberg.* (New York. Barnes & Noble. 2006 [1819]). (También disponible en línea en <http://www.online-literature.com/irving/2846/>).

En esos años, los indígenas que habían participado en las recuperaciones de tierra en las décadas de 1970 y 1980 (cuando se conformó el resguardo de La Laguna) solían quejarse de que los niños ya no se interesaban por las recuperaciones. Habían nacido en un resguardo sin la opresión de los terratenientes y no entendían el valor de aquellas luchas. Por eso, no se interesaban por la historia de las luchas indígenas, según decían algunos. Así, introducir elementos de la historia y geografía del resguardo parecía una buena forma de enseñar a los niños la historia de sus padres y abuelos.

Leí a los niños esta historia una tarde de mayo de 2000. Les dije que la historia era cierta. Los niños no me creyeron. Les desafié diciéndoles que preguntaran a sus padres y abuelos. Les dije que ellos les dirían que era cierta. Para mí, en ese momento, no era más que una broma.

Pero el lunes siguiente, los niños volvieron a la escuela hablando sobre el tema. Por ser una escuela tan pequeña en una comunidad tan pequeña, no había varios cursos, sino cursos con niños de diferentes edades. Entonces, los niños más grandes, casi adolescentes, contaron la historia a sus padres, para saber si era cierta. Los padres dijeron, por supuesto, que no, pero que algunas cosas eran similares a la historia real. De esa forma, los padres y abuelos de algunos habían aprovechado para contar a los niños hechos reales ocurridos en el resguardo, durante los años de las recuperaciones.

José Roberto Chepe empezó a ser profesor en la escuela bilingüe en la década de 1970, con los conocimientos que obtuvo hasta quinto de primaria. En la década de 1990 inició estudios en la Licenciatura en Pedagogía Comunitaria del Programa de Educación Bilingüe del Consejo Regional Indígena del Cauca, de donde nació la primera universidad indígena de Colombia. Entre 2000 y 2006 terminó su trabajo de grado para convertirse en licenciado en pedagogía comunitaria, del que poco después publicó un fragmento<sup>2</sup>. En 2007 participó como ponente en el Congreso Colombiano de Antropología, realizado ese año en la Universidad Nacional de Colombia.

El pasado mes de enero de 2018 regresé a La Laguna, para visitar a la familia de José Roberto, quien murió algunos años atrás. Visité también la casa de Leonidas Chepe, antiguo indígena recuperador. Descubrí en esa visita que, junto al camino que va desde el corregimiento de Pescador

---

<sup>2</sup> Chepe, J.R. (2008). El proyecto del maíz como alimento de la cultura Nasa. *Etnias & Política*, 9. 154-166. Recuperado de <http://www.observatorioetnicocecoin.org.co/cecoin/files/etnias9WEB.pdf>

hasta la escuela bilingüe, los habitantes del resguardo habían iniciado una nueva recuperación.

Quise someter esta historia a publicación como un homenaje a José Roberto Chepe. También tengo el deseo de que este cuento tal vez inspire a los profesores indígenas de diferentes pueblos formas semejantes de enseñar la historia de los pueblos indígenas en las escuelas indígenas.

## Referencias

- Chepe, J.R. (2008). El proyecto del maíz como alimento de la cultura Nasa. *Etnias & Política*, 9, 154-166. Recuperado de <http://www.observatorioetnicocecoin.org.co/cecoin/files/etnias9WEB.pdf>
- Irving, W. (2006) [1819]. *The legend of Sleepy Hollow and other writings. Selected with an introduction and notes by Peter Norberg*. New York: Barnes & Noble. Recuperado de <http://www.online-literature.com/irving/2846/>